

LA CRISIS ESTA "MAS ALLA" (*)

POR

LOUIS SALLERON

Cuando hoy en día se habla de crisis, se piensa en la crisis económica. Sus temas principales son la inflación, el paro, la energía.

Esta crisis existe, pero ni tiene relación, ni guarda proporción con la crisis verdadera, que se sitúa mucho más allá de los fenómenos económicos; también podría decirse que está "a este lado", o "subyacente", o en "el interior". Se trata de la crisis total, radical y absoluta de la sociedad política, dando al epíteto "política" su sentido pleno. Igualmente correcto sería llamarla crisis de la civilización, o crisis del hombre, puesto que son los fundamentos mismos del orden social los que están en quiebra.

En nuestro país [el del autor, Francia], esta crisis se manifiesta desde hace un año de manera explosiva en los hechos y en las leyes. La disgregación social está presente en todas partes, lo mismo si se trata de la inseguridad general que de revueltas y dramas carcelarios, o manifestaciones en el ejército, o de la contestación universal. En unos meses, se han admitido en el ámbito legal las regulaciones más liberales del mundo para la contracepción, el aborto y el divorcio. El presidente Giscard d'Estaing continúa tenazmente su triple política de *socialización en la distribución, dirigismo en la producción, y liberalismo integral en las costumbres*. Sin duda su espíritu alberga algún gran designio. Para cualquier observador, ese gran designio no aparece sino como una voluntad de afirmar su poder dividiendo

(*) Creemos de la mayor actualidad y de gran clarividencia la crítica contenida en este artículo, debido a la pluma de nuestro admirado amigo *Louis Salleron* y publicado en *ITINÉRAIRES* 192, de abril 1975, que nos honramos publicándolo traducido al castellano para los lectores de *VERBO*.

a la oposición, que acaso sea la mayoría, cualquiera que sea el precio que por ello haya de hacer pagar el país real.

Pueda ser que haya en ello un repliegue estratégico con vistas a un nuevo control posterior. Quisiéramos poderlo esperar. Pero es imposible encontrar el menor indicio capaz de alimentar esa esperanza. No es posible reconstruir una sociedad justa y libre utilizando indefinidamente la filosofía y los métodos del socialismo. La licencia ilimitada en el ámbito de las costumbres y de las opiniones no es más que una caricatura de la libertad. Combatida con un dirigismo socializante en el ámbito de la economía, no puede sino desembocar en un régimen autoritario de tipo expresamente socialista que será, tras el comunismo soviético y el de las democracias populares, una forma nueva de totalitarismo.

* * *

Quisiéramos exponer aquí una observación acerca de la consideración del liberalismo como la fórmula deseable de los regímenes políticos.

El liberalismo es la doctrina de la libertad erigida en principio regulador de la vida social.

Todo el mundo está de acuerdo en que la libertad es el bien más precioso del hombre. Pero está por definir en qué consiste, así como las condiciones de su ejercicio. Cuando todo va bien, no se piensa en ello, porque no se suele notar que en la práctica conlleva ciertas limitaciones. Se disfruta de la libertad de ir y venir, de tener opiniones diferentes, de participar en actividades diversas, de comprar, de vender, de alquilar, de elegir profesión, etc. Esta libertad comedida parece natural, tanto en su contenido como en sus límites. Pero, precisamente, no es natural, es el resultado de las costumbres, apoyadas por las leyes, que son una herencia de un régimen no liberal, de un régimen de autoridad, es decir, de un régimen que instituía numerosas libertades, pero en nombre de principios ligados a una religión, o, si se prefiere decirlo así [menos profundamente], a una filosofía de la sociedad.

Esto se ve en todos los regímenes políticos occidentales que se han convertido en "liberales" al final del siglo XVIII y en el siglo XIX.

Cuando Francia se hizo liberal, en 1789, disfrutaba, aproximadamente, de todas las libertades que la Revolución ha alardeado haberlas instituido. Pero esas libertades habían sido el fruto, lentamente madurado, del cristianismo. Las nuevas leyes las confirmaron, confiriéndoles un carácter principal y absoluto. Si ese carácter no les hizo degenerar inmediatamente en licencia, es porque existían unas costumbres que creaban una especie de ley costumbrista que definía el contenido de esas libertades y les trazaba sus límites.

Sin embargo, poco a poco, el principio de la libertad tendió a hacerles saltar unos límites que no tenían otra fuente de justificación que la mera relación de las fuerzas sociales. Pero, un día, hasta la misma noción de límite llegó a parecer absurda. Las nuevas leyes giscardianas acaban de informarnos que eran, efectivamente, absurdas, y que si el día de mañana la sociedad debe de morir por su culpa, será salvada por la fuerza suprema del Poder político, del Estado, que le impondrá obligaciones y prohibiciones, pero sin más título que el interés y la voluntad del mismo poder, que tiende a confundir el bien común con su bien propio, necesariamente concebido bajo el punto de vista del propio poder.

Si los Estados Unidos, que a menudo son considerados, y se consideran ellos mismos, como el país de la libertad por excelencia, han podido erigir el liberalismo en dogma, ha sido gracias a unas costumbres religiosas que, no siendo de muy alto nivel, han sido hasta una época muy reciente, extremadamente rigurosas. Aunque se les tache de puritanismo, de fariseísmo o de hipocresía, no por ello han dejado de constituir un código social que fue lo bastante fuerte para contener la violencia del desarrollo industrial.

El "lo que se suele hacer" y "lo que no se suele hacer", es en el liberalismo el residuo de la moral enseñada e instituida por la autoridad de regímenes precedentes que confesaban unas verdades religiosas y metafísicas.

Cuando la lógica de la libertad ilimitada consigue hacer saltar los tabús del "lo que se suele hacer" y "lo que no se suele hacer", la

licencia y la anarquía, emprenden su carrera. Entonces la sociedad se disuelve, o bien es rehecha por la mano de hierro del Poder.

* *

Todo el Occidente está dando este giro. Es la única oportunidad, pero la verdadera oportunidad, del comunismo, que se presenta como el único régimen político que se halla material e ideológicamente per-trechado para reconstruir, en nombre del materialismo ateo, un orden social. Orden social que, por otra parte, es falso, porque es contrario a la naturaleza del hombre y de la sociedad, y que por eso está condenado finalmente a fracasar, pero que es capaz de mantenerse cierto tiempo si no se le opone un orden verdadero.

Las leyes giscardianas han hecho comprender a muchos esta amenaza que pesa sobre la sociedad francesa. Aunque por otra parte, nada se trasluce porque los medios de comunicación social están en manos de los depositarios de la ideología decadente. Cada vez más, la *sociedad del silencio* se pregunta cómo se puede salir de esa situación.

Marcel Clement habla de la "contra-cristiandad" naciente. Ciertamente, de eso se trata. Aquí el drama alcanza su cima. Porque la propia Iglesia desfallece. Especialmente, entre nosotros, un episcopado colegiadamente apóstata, se convierte en cómplice de la barbarie que nos invade. La Jerarquía, mediante la falsificación de sus oficinas, de sus capellanías, de su catequesis y de su liturgia, termina por destruir lo que quedaba de cristiandad, de civilización cristiana.

¿Sobrepasaremos esta "crisis"? La razón no permite pensarlo fríamente. Pero hay lo invisible. Hay ese fermento en las conciencias que presentimos, y que incluso encontramos un poco por todas partes. También hay que esperar en esa opinión, creciente, de que la única alternativa frente a la civilización cristiana es el comunismo, que se empieza a conocer mejor, y que da miedo, que horroriza.

Tengamos, pues, esperanza. Pero el esfuerzo que hay que realizar será inmenso.